

CARINA RISSI

perdida

UN AMOR QUE TRASPASA
LAS BARRERAS DEL TIEMPO

EL LIBRO
EN EL QUE
SE BASA
LA PELÍCULA

CROSS
BOOKS

CARINA RISSI

perdida

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2023
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Perdida*

© del texto: Carina Rissi

Publicado por primera vez en portugués en Brasil por Verus Editora.
Publicado de acuerdo con Adriano Capelo, agente literario.

© de la traducción: Ana María Navalón, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: julio de 2023

ISBN: 978-84-08-27457-5

Depósito legal: B. 11.669-2023

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

Sabía que tenía que haberme vuelto a la cama en cuanto salí de ella e intenté coger un taxi (era el día que mi coche tenía restricciones de circulación). Tendría que haberme vuelto a meter bajo las sábanas en cuanto aquel conductor idiota pasó junto a la acera y me empapó literalmente de rodillas para abajo.

¡Tendría que haberme vuelto!

Pero, en vez de eso, respiré hondo y lo insulté durante dos minutos con todas las palabrotas que conocía. Ignoré, claro, a los peatones que me lanzaban miradas de reprobación.

La cosa no mejoró cuando llegué al despacho veinte minutos tarde y el imbécil, rechoncho y desalmado de mi jefe me fusiló con la mirada y luego dijo con desdén:

—Además de llegar tarde, ¿vienes con esa ropa inmunda? Deberías vestirte un poco mejor, Sofía. Con el sueldo que te pago...

«Oh, sí. ¡Menudo sueldo!»

Me costaba pagar las facturas a tiempo. Trabajaba en esa empresa desde que hice las prácticas de la universidad. Después de la formación, me acabaron contratando y, como no apareció nada mejor, me acomodé un poco. A pesar de eso,

tenía un plan: Carlos estaba a punto de jubilarse y yo tenía muchas posibilidades de sustituirlo. Claro que, antes, tenía que pasar por la prueba de soportarlo hasta que eso sucediera.

—Lo sé, don Carlos —empecé—. Pero resulta que un conductor idiota ha pasado...

—¡Ay! Déjate de excusas. Ya estoy harto de ellas. ¿Te piensas que me creo tus historias? ¡No entiendo por qué aún no te he despedido! —Arqueó una ceja a modo de desafío.

«¡Porque soy la persona más competente de todo el edificio, cerdo arrogante!»

—Disculpe. Me voy a mi mesa ahora mismo para compensar el retraso, ¿le parece bien? —Y, sin esperar a que llegase el siguiente ataque, me marché hacia mi mesa mientras espiaba su reacción por el rabillo del ojo.

Carlos se quedó parado mirándome un momento, bufó y luego se fue refunfuñando.

Intenté resolver la pila de papeles acumulada en mi mesa lo más rápido que pude. Era un montón considerable, pero yo era eficiente y terminaría todo en poco tiempo.

Sin embargo, casi a la hora de la comida, mi ordenador se bloqueó y luego se apagó del todo. Intenté reiniciarlo, pero no sucedió nada. ¡Había muerto!

Le di unos cuantos golpes al aparato, en un intento de que volviera a la vida por medio de la tortura, pero no se encendió ni una sola luz.

—¡Necesito tener esos papeles en mi mesa a las cinco! —rugió Carlos desde la puerta. Tenía que haber visto mi enfrentamiento con el aparato.

—¡Lo sé! Pero no es culpa mía que el ordenador se haya estropeado. ¿Cómo puedo hacer todos los contratos sin él? Sonrió con ironía y apoyó una mano en la puerta.

—Como hacíamos antes de que inventaran esas máquinas complicadas que siempre dejan a la gente tirada.

Lo miré sin comprender. ¿De qué diablos me estaba hablando?

Carlos se dio cuenta de mi expresión —escéptica, imaginó— y añadió:

—Sabes que los ordenadores no siempre han estado aquí, ¿verdad? —dijo despacio, como si yo fuera una idiota.

«¡Grrrr!»

—¡Claro que lo sé!

«¡Necesito este trabajo! ¡No solucionaré nada si lo engancho del cuello y lo estrangulo!», me repetí a mí misma varias veces. Sin embargo, no conseguí convencerme del todo.

—Entonces, manos a la obra, Sofía. Tienes hasta las cinco. La máquina de mecanografía está en el armario del almacén. No se bloquea, no hay que darle mamporros, el cartucho no se acaba... Te va a gustar. Es muy eficiente. Hasta echo de menos la época en la que el despacho se llenaba del ruido de las teclas... —Una sonrisa cínica apareció en sus labios. Una sonrisa que decía: «¡No vas a conseguirlo!».

«¡Eso ya lo veremos, calvorota!», pensé y me fui a buscar la dichosa máquina. Era pesada e incómoda de llevar. La coloqué encima de la mesa y la observé.

Hummm... Ya había oído hablar de ella.

«Pero ¿dónde está el botón de encender?»

Probé con una tecla cualquiera.

Tec. ¡Tec, tec, tec, tec, tec, plim!

¿Plim? «¿Habré roto algo? ¡Ay, Dios mío! ¡Lo que me faltaba!»

Joana, que se reía con fuerza, probablemente de mi cara de pánico, se levantó de su mesa —situada dos filas más atrás que la mía— y vino en mi auxilio. Era la trabajadora más antigua de la empresa, seguro que había trabajado con aquella cosa prehistórica.

—Sofía, deja de mirar la máquina con esa cara —me dijo mientras se subía las gafas marrones con el dedo índice—. No es un objeto extraterrestre.

—No —estuve de acuerdo—. Si lo fuera, probablemente sabría cómo usarlo. El problema es que... —Tenía miedo de aquella máquina escandalosa llena de tecs y plins, pero necesitaba terminar mi trabajo—. Bien... Ya había visto una de estas una vez en el Museo de la Tecnología, pero...

—No sabes usarla —terminó ella. Todavía se reía y tenía las mejillas rojas.

Las mías también debían de estar rojas, pero de vergüenza. No había ningún programa de ordenador que no supiera usar, siempre aprendía deprisa en cuanto aparecía uno nuevo. Pero aquella máquina desfasada...

—¡Ni siquiera sé encender esta cosa! —susurré. Algunas personas nos observaban con ojos curiosos.

Joana explotó en otra carcajada y casi todos en el despacho volvieron su atención hacia donde yo estaba. «¡Debo de haberme puesto roja como un tomate!»

—Es muy sencillo, Sofía. Colocas el papel aquí. —Cogió un folio en blanco, lo metió en una hendidura y luego giró un botón enorme que había en el lateral del aparato. Rec, rec, rec, rec—. Luego lo sujetas con esto. —Levantó una varilla metálica pequeña y fina, encajó el folio y luego soltó la varilla, que sujetó el papel—. ¡Y listo!

—¡Ay! ¡Parece fácil!

Joana no parecía creerse mucho mi convicción. Volvió a su mesa sacudiendo levemente la cabeza y abriendo mucho los ojos para poder secarse las lágrimas. ¡Me alegré de que por lo menos ella se estuviera divirtiendo!

Me concentré en la máquina.

Probé a teclear con cierta cautela y me di cuenta de que en el papel no aparecía nada.

—¡Tienes que apretar con más fuerza! —gritó Joana, observándome todavía—. Tiene que hacer tec.

Lo intenté otra vez. ¡Ah! Lo conseguí. Las letras aparecieron en el papel. Tecleé —quiero decir, mecanografié— algunas líneas, un tanto patosa, y paré. Observé el teclado con atención. No. No estaba ahí.

—Joana, ¿dónde está la tecla de borrar?

Ella levantó las cejas y abrió ligeramente la boca.

—¿Cómo? —preguntó, como si yo estuviese hablando en japonés.

—No hay tecla de borrar. Me he equivocado en un número y no encuentro la tecla de borrar por ninguna parte.

Todo el despacho explotó en una carcajada estruendosa, me dieron ganas de enterrarme debajo del montón de papeles que tenía delante.

«¡¡¡Argh!!!»

Me pasé toda la tarde intentando organizar la pila de contratos, después de recibir una clase rápida de cómo usar una máquina anticuada. Sin embargo, el trabajo no rindió mucho, era muy lenta. O tal vez fuera mi falta de habilidad...

«¿Cómo consiguió la gente vivir sin ordenador durante tanto tiempo?», pensé. Me llevaría días conseguir poner en orden mis correos electrónicos, mi cuenta de Facebook y, seguramente, no conseguiría leer todas las publicaciones de Twitter. Tendría que hacerlo en cuanto llegase a casa. Estar sin internet era como si dejara de existir, como si ya no formara parte del mundo. Completamente aislada virtualmente.

Salí del despacho poco después de las seis de la tarde con la cabeza a punto de estallarme con tantos tecs y plins y recs, pero no sin antes llamar al técnico y conseguir que me prometiera que me entregaría mi ordenador al día siguiente. ¡A primera hora!

Cogí un taxi y, en cuanto entré en la avenida abarrotada

de coches, autobuses y peatones que insistían en cruzar por en medio de la calle, me arrepentí. No había el menor peligro para los peatones, por lo menos a aquella hora, con todo absolutamente parado como estaba. Habría llegado a casa más rápido si también hubiera ido andando.

En cuanto entré en mi apartamento, recordé que tenía que encontrar una buena asistenta. ¡Con urgencia! Nada estaba donde debería estar. La ropa estaba tirada por encima de todos los muebles, había tazas y vasos esparcidos por casi todas las superficies, pilas y pilas de papeles amontonadas desordenadamente encima de la mesa del comedor. El apartamento se me estaba quedando pequeño para tanto desorden.

Tiré las llaves y el bolso sobre la mesa abarrotada y fui a darme una ducha. Dejé que el agua caliente cayera por mi cuello y mi espalda, esperando que me relajara. Y me calmé un poco, la verdad. Me puse el pijama y me tiré en el sofá, busqué algo que me distrajera mientras mi cena giraba dentro del microondas. No encontré nada en la televisión, así que encendí mi MP3 y abrí mi libro favorito. Un libro de verdad, con tapas y hojas de papel y todo lo demás. No una tableta. Tenía varios libros electrónicos, incluso algunos guardados en el móvil, pero este en especial sencillamente no conseguía leerlo de otra forma que no fuera la tradicional. Tenía mis páginas preferidas marcadas con pliegues en las esquinas y estaba muy estropeado, pues lo había leído muchísimas veces. No sabía por qué me gustaba tanto aquella historia, pero era increíble poder perderme en siglos pasados, costumbres tan diferentes, ropas tan bonitas, paisajes bucólicos y tranquilos, el amor puesto a prueba por la idea retrógrada de que los pobres y los ricos no se mezclaban, el caballerismo, la delicadeza del primer amor... ¡Glucosa de la buena!

En realidad, no sabía explicar el motivo, no era una romántica empedernida, pero me encantaba ese libro. Y me re-

sultaría bastante difícil perderme en el siglo XIX leyendo en una tableta.

Sentí que los dedos me dolían cuando terminé de cenar. Sería un alivio no volver a necesitar nunca más aquel armatoste centenario pensé mientras metía los platos y los cubiertos en el lavavajillas.

Me sonó el móvil.

—¿Vas a salir mañana? —preguntó una voz antes siquiera de que yo pudiera pronunciar un «diga».

—Hola a ti también, Nina. ¿Cómo te ha ido...?

—Vas a salir, ¿verdad? —me interrumpió con prisa—. No vas a engañarme otra vez, Sofía. Siempre te acabas inventando una excusa para no salir de casa. ¡Mañana vas a salir! —La voz se volvió amenazadora—. ¡Aunque yo misma tenga que ir a buscarte a la fuerza! O puedo pedirle a Rafa y a sus amigos que pasen por ahí para...

—Tranquila, Nina. Está bien. No hace falta amenazarme. —No quería ni imaginarme a Rafa y a sus amigos trogloditas en mi minúsculo apartamento. Me estremecí solo de pensarlo—. Incluso me viene bien salir a tomar algo. ¡Esta semana ha sido un infierno!

Ella respiró hondo al otro lado del teléfono. Casi conseguía ver la mueca que seguramente estaba poniendo.

—¡Ni me hables! —Otro suspiro—. Por eso mismo necesito que salgas con nosotros mañana. Quiero contarte una cosa.

«¡Ay, Señor! ¿Otra vez?»

—¿Has vuelto a pelearte con Rafa, Nina? —Siendo sincera, aquello ya superaba todos los límites.

—No, no. Quiero decir, no mucho. Pero no es sobre Rafa. —Escuché barullo de bocinas al fondo, seguido de un grito amortiguado de Nina: «¡Pasa por encima, imbécil!»—. No es de Rafa de lo que quiero hablar. Mira, tengo que colgar aho-

ra. Nos vemos mañana en la Oca, ¿te parece? —Más barullo de bocinas.

—Genial. —Sentía curiosidad por ese asunto misterioso de Nina.

En general, ella siempre hablaba, incluso cuando le explicaba que no podía hablar porque tenía una entrega del curro que cumplir o porque simplemente estaba en el cuarto de baño. ¿Qué estaría tramando esta loca ahora?

* * *

Me desperté justo a tiempo, para variar. ¡Menos mal que era viernes! Llegué a las ocho en punto al despacho —sin manchas de barro, con la ropa perfectamente limpia y planchada— y casi grité de alegría cuando vi mi ordenador en su lugar habitual. Corrí hasta mi mesa y abracé el monitor.

—¡Nunca más me abandones! —murmuré aliviada por no necesitar ya la máquina torturadora de dedos.

—¿Te estás enrollando con el ordenador, Sofía? Mira, necesitas usar protección, niña. Ya sabes cómo es... ¡Te puede acabar pegando un virus! —Era Gustavo, el gracioso, está claro. Se estaba partiendo de risa.

—Ja, ja —fue lo único que le respondí.

El día en el despacho transcurrió como siempre, sin un solo minuto para pensar cómo iba a conseguir una asistente ni cómo iba a ganar más dinero para poder pagarla. Mi salario era digno de pena y el trabajo parecía no tener fin. Tenía que conseguir tiempo para hacer horas extra... Pero ¡no tenía tiempo para sacar más tiempo!

Salí del despacho, cogí mi coche del aparcamiento y fui directa al bar. La Oca estaba a tres manzanas. Me costó un buen rato encontrar un sitio libre, parecía que casi todo el

mundo había decidido salir del trabajo y darse un garbeo por algún bar cercano.

El tejado, que formaba un gran arco oscuro, las ventanitas de la fachada y una gran puerta en forma de U hacían que el bar pareciera una oca, un tipo de cabaña indígena muy común en Brasil. El nombre oficial era El bar de Leo, pero todo el mundo lo conocía como la Oca. Era muy sencillo, incluso en su interior, con mesas y sillas de madera rústica y sin barniz, salvo por los clientes, que siempre eran informales.

Aun así, yo no iba muy informal. Aún llevaba puesta la ropa del trabajo: pantalones vaqueros oscuros y camisa blanca de manga corta, con el pelo recogido en una cola de caballo. Ni muy profesional ni muy informal, pero no podía dejar colgada a Nina otra vez y no me daba tiempo a pasar por casa para ponerme algo más *casual*.

Y quería salir y divertirme un poco. Estaba agotada y mis vacaciones estaban demasiado lejos como para poder empezar a planearlas.

—¡Hala! ¡Va a caer un chaparrón! Pero mira quién ha decidido juntarse con los vivos —prácticamente gritó Rafa (¡siempre tan agradable!) cuando me vio, cosa que hizo que el resto de la gente del bar se volviese para mirarme.

—¡Estoy viva, Rafa! —dije con aspereza—. Solo que no tengo tiempo para salir cuando me da la gana. Trabajo, ¿lo sabías? Tienes que haber escuchado hablar sobre eso. Algunas personas no nacen con la vida garantizada y necesitan ganar su propio dinero.

Rafael siempre ha tenido lo mejor, sin necesidad de esforzarse para conseguirlo. Su familia era dueña de una gran empresa de cosméticos y me irritaba un poco, aunque no fuera asunto mío, que él ni siquiera se interesara por el negocio que había fundado tanto tiempo atrás su tatarabuelo. En lugar de eso, decidió estudiar Educación Física y seguir su

propio camino. Era una pena que tampoco se esforzase en la profesión que había escogido y se quedase más tiempo en casa, jugando a videojuegos, en lugar de estar en cualquier otro sitio sudando la camisa para conseguir dinero.

—Ey, que solo ha sido una broma. ¡Dame un respiro! No hace falta que me des un sermón —protestó levantando sus grandes manos con las palmas hacia delante, como si se rindiera.

De verdad que necesitaba tomarme algo. Estaba empezando a ser una gruñona y a tener mal humor.

Después de más o menos una hora —¿y a lo mejor cuatro cervezas?—, Nina aprovechó que Rafa se había ido a la mesa de billar (a echar una partida rápida, según dijo) para empezar a hablar.

—Quiero tu ayuda. Tu opinión, en realidad —explicó, con sus ojos verdes inquietos.

—Está bien. Desembucha. —Yo estaba más relajada, la cerveza había empezado a hacer reacción en mi organismo.

Ella le echó un vistazo rápido a Rafa y luego se volvió hacia mí.

—Creo que... Creo que...

Sus ojos estaban ansiosos, un tanto inseguros. Parecía asustada.

«¡Oh, oh!»

—¡Dios mío, Nina! Estás embarazada, ¿verdad?

Me quedé helada. ¡Nina cuidando de un bebé! Un bebé que llora y suelta mocos por varios orificios diferentes. «¡Todo el tiempo!» Aunque, si era capaz de soportar a Rafa, con sus casi dos metros de altura, refunfuñando y pidiendo cosas todo el tiempo, sería capaz de cuidar de un bebé de cincuenta centímetros y que, con certeza, reclamaría mucho menos.

—¡No! —gritó horrorizada—. Sofía, ¿estás loca? No estoy

embarazada. —Su mirada corrió hacia Rafa para asegurarse de que él no había escuchado nada y, al parecer, así era.

—Es que tú... Pensaba... que... que... ¡Olvida lo que pensaba! Lo siento, Nina. Cuéntame.

Nina bajó la cabeza un instante, observando su vaso casi vacío, y, después, con esa sonrisa en los labios que decía «la he vuelto a liar», se volvió hacia mí.

—Creo que le voy a pedir a Rafa que viva conmigo —soltó mientras botaba en la silla; irradiaba ansiedad y emoción.

—¡Ah! —Me llevé el vaso a la boca y le di un buen trago—. Eh...

Su delicado rostro se marchitó un poquito.

—Sabía que no te iba a gustar —murmuró bajando los ojos y sacudiendo levemente la cabeza de forma que sus mechones negros temblaron un poco.

La miré, mi amiga, mi mejor amiga, que muchas veces había sido una hermana mayor. Sabía que mi aprobación era importante para ella. Intenté parecer menos tensa de lo que en realidad estaba.

—No es eso. Y claro que es... genial. Estupendo. —Le di otro trago a la cerveza—. Es solo que... ¿Estás segura, Nina? ¿Estás segura de que es el tío correcto para ti?

—¡Sí! —dijo con firmeza y el semblante serio, pero las comisuras de sus labios gruesos intentaban subir un poco.

—Pero ¡os pasáis la vida discutiendo! —constaté lo obvio—. ¡Sois como el perro y el gato! Ya he perdido la cuenta de cuántas veces has aparecido en mi casa llorando por su culpa.

—Lo sé, Sofía. Pero ¡estoy enamorada de él! ¡No quiero estar lejos de él ni siquiera un minuto! ¿Es que no lo ves?

Claro que lo veía. Desde que había conocido a Rafa, Nina estaba loca por él. Al principio, pensé que había tenido muchísima suerte por pillar a un tío como él —grande, fuerte, rubio, con unos ojos rápidos y brillantes y una sonrisa bur-

lona—, pero, cuando empezaron a tener una relación más seria y él empezó a actuar de una forma infantil, y a veces incluso ruda, cambié de opinión.

—Sé cuánto te gusta. ¡Todo el mundo lo sabe! Pero ¿estás segura de que va a salir bien? —Intenté hablar de forma amable. No quería herir sus sentimientos diciéndole lo que de verdad opinaba sobre Rafa.

—No. —Nina sonrió—. No estoy segura. ¡Claro que no! ¡No se está segura de nada cuando se está enamorada, Sofía!

—Ah, ¡sí se está! Se está segura de que el corazón se te va a romper en mil pedazos al final.

Bebí otro trago. Mi vaso se quedó vacío.

—¡Sofía! No a todo el mundo le sucede eso... —Vio mi mirada escéptica y continuó—: ¡No siempre pasa! Hay personas que se pasan toda la vida juntas.

—¡Argh!

—Sí, las hay. Además, ya pasamos juntos todo el tiempo, menos cuando estoy trabajando. La mitad de mis cosas ya están en su casa. Facilitaría mucho todo que viviéramos bajo el mismo techo, y ya que mi apartamento es más grande...

—Y creo que la otra mitad de tus cosas están en mi casa...

Hummm. Me había olvidado de devolverle la blusa verde que me había prestado para ir a aquella reunión. Y la falda. Y también los zapatos.

Era una suerte que Nina tuviera casi la misma talla que yo; apenas era unos centímetros más baja, pero tenía más curvas, la verdad es que tenía un tipazo. Eso por no hablar de su piel tostada, bonita y lisa, que contrastaba con sus ojos esmeralda, cosa que hacía que pareciera una diosa nigeriana, mientras que yo tenía los ojos castaños y comunes, la piel muy blanca y sin gracia, nada exuberante, y el pelo ondulado e indomable.

—Sabía que aquella blusa no había huido de mi cajón.

—Nina era un amor. Siempre salía a socorrerme en cualquier

tipo de emergencia. Incluso en las de moda—. Pero ¿tú qué piensas?

—¿De qué? ¿De la ropa que huye de casa? Creo que tiene todo el sentido. Tengo varias prendas que han desaparecido.

Ella bufó mientras entrecerraba los ojos.

—La encontrarías si la doblases y la guardases en vez de tirarlo todo por cualquier sitio. —Dibujé una mueca. Ella continuó—: Pero no es eso lo que te he preguntado.

Eso lo sabía. Sabía que me estaba preguntando sobre lo de vivir juntos. No quería hacerle daño y decirle que en realidad pensaba que era una pésima idea, que todas esas bobadas del amor acaban en cuanto aparece la rutina. Que solo sirven para vender revistas y libros y que, en la vida real, siempre acabas sola con un agujero en el lugar en el que acostumbraba a estar tu corazón.

—Creo que... —empecé con cautela—. Creo que vas a ser feliz... Y si esto te va a hacer feliz, a mí también.

Tiró la silla y me abrazó con fuerza.

—¡Gracias, Sofía! Ya sabes lo importante que es para mí que te guste la idea. Eres la única que no odia a Rafael.

Nina había discutido con sus padres después de haber empezado con Rafa. Obviamente, no les había causado buena impresión pero ella se había negado a terminar con él. Rompió toda relación con ellos en la misma época en la que yo perdí a los míos en un accidente de coche. Fue un periodo muy... malo. Pero nos apoyamos la una a la otra y salimos adelante. Siendo justa, Rafa también me ayudó en aquella época. Ni siquiera sé lo que habría pasado si no los hubiera tenido a los dos a mi lado...

—¡Déjalo! —dije en un intento por aliviar el ambiente, que de repente se había vuelto más pesado—. ¡Vamos a celebrarlo! No todos los días una amiga se cambia al bando de las seriamente comprometidas.

Ella me soltó y puso los ojos en blanco.

—¡Ay, Sofía! A veces hablas como si el matrimonio fuera una sentencia de muerte.

«¿No lo era?»

¿Vivir en función de una única persona, como si la vida no tuviera sentido sin ella al lado? ¡Despertarse y ver a la misma persona todos los putos días! ¡Acostarte con una sola persona el resto de tu vida! Tener que cuidar de la casa, del marido, de los hijos, del perro, además de trabajar... ¿No era, por lo menos, una especie de esclavitud?

No entendía lo que llevaba a alguien lúcido a casarse. Aunque la mayoría no parecía gozar de una cordura plena cuando se enamoraba.

—No lo es —replicó, probablemente viera el escepticismo en mi rostro—. ¿Sabes? Tengo la esperanza de que encuentres al tío adecuado un día de estos. Ya es hora de que vivas una historia de amor de verdad y te olvides de los libros. Creo que va a ser divertido ver cómo te desenvuelves cuando te enamores por primera vez.

—Ya me enamoré una vez. Y no tiene nada de malo que me guste leer historias de amor, ¡por lo menos en los libros tienen un final feliz! No le hacen daño a nadie.

No me gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación.

—Ah, ¡no! Tú no te has enamorado.

—¡Claro que me he enamorado! Eso lo sabes.

Estábamos en la universidad. Ya éramos amigas en aquella época. Nina estuvo a mi lado cuando salí con Bruno. Un idiota del que, a saber por qué, me acabé enamorando.

—No te enamoraste de Bruno. Te gustaba, sentías atracción por él. Pero no era amor. —Cogió un cacahuete y lo masticó—. Si lo hubieses querido de verdad, no te habrías quedado tan tranquila cuando lo pillamos besando a Denise. —Se recostó en la silla, con la cara triunfante.

—Que no me pasase décadas llorando por las esquinas no significa que no estuviera enamorada. ¡Me quedé devastada, sí! ¿Qué querías que hiciera? ¿Que me tirara por un puente? Si quería a otra, paciencia. La vida sigue. —Me llevé el vaso a la boca, pero estaba vacío.

«¡Mierda!»

—¡Exactamente! Si hubieras estado enamorada, la vida hubiera tardado un poquito más en seguir. Y te quedaste devastada porque te cambió por otra, no porque lo perdieras. Desiste, Sofía. No vas a conseguir convencerme. Cuando te enamores de verdad, me vas a dar la razón.

No tenía sentido empezar una discusión con Nina, ella no iba a ceder. Ni yo.

Suspiré derrotada.

—Tengo que ir al baño. —La cerveza tenía que salir. Y quería que dejara el tema—. Pídeme otra para que lo celebremos.

No estaba borracha... no mucho. Me tropecé un par de veces por el camino, pero eso era medio normal en mí. Solo tardé en llegar un poquito más de lo normal, como si me moviera a cámara lenta.

Entré en el baño, que estaba abarrotado, y esperé mi turno. Prácticamente me lancé dentro del cubículo en cuanto se abrió la puerta. Me desabroché los pantalones a un ritmo frenético, mantuve el equilibrio medio de pie medio agachada —no había condiciones técnicas para sentarme allí— y... ¡Ah! ¡Qué alivio!

Entonces escuché un ploc.

Bajé la mirada a tiempo de ver cómo mi móvil —con todos mis contactos, mi agenda, mis canciones— se me salía del bolsillo de los pantalones, flotaba durante dos segundos y luego se zambullía en la taza del váter.